

lla entre diferentes instituciones y tendencias: por ejemplo, la historia de la psiquiatría se traza a través de la intervención y negociación entre varios vectores (como la historia de la monstruosidad, la formación de la familia burguesa y las características de la confesión cristiana). Foucault critica el funcionamiento de la

psiquiatría contemporánea al exponer las arbitrariedades y puras coincidencias que rigen su consolidación y formación. Se trata, sugiere el historiador, “de poner en juego unos saberes locales, discontinuos, descalificados, contra la instancia teórica unitaria que pretende filtrarlos, jerarquizarlos y ordenarlos”.

Para Foucault, la erudición histórica y la investigación metódica y exacta en los archivos del pasado cuestionan y pulverizan las verdades congeladas del presente, desmascaran el rostro grotesco, obtuso y, ¿por qué no?, cantinflesco de los poderes que definen y normalizan nuestras vidas.

Vecinos y trabajadores

Gerardo Necochea

John Lear, *Workers, Neighbors, and Citizens. The Revolution in Mexico City*. Lincoln Nebraska. University of Nebraska Press, 2001, i-xii + 441 pp.; incluye bibliografía e índice analítico.

El libro de John Lear versa sobre un asunto que ha reclamado la atención de los historiadores por un tiempo considerable. Sin duda no es un acierto menor el ofrecer una visión novedosa sobre la historia de los obreros en el periodo de la Revolución mexicana. Es encomiable la complejidad con que Lear entreteteje temas ya conocidos, economía y política, con otros que lo son menos, desarrollo urbano y cambio cultural. Su tratamiento de la cultura urbana de los trabajadores ofrece perspectivas incisivas aun cuando, en opinión de este lector, el análisis es insuficiente. Ello no demerita el texto, ya que su importancia reside en revelar problemas y preguntas antes no contemplados por los investigadores y que prometen ser vetas fecundas de investigación y discusión.

El libro examina la experiencia de las clases trabajadoras en la ciu-

dad de México a lo largo de aproximadamente cuarenta años. Si bien, como ya he dicho, éste es un camino ya muchas veces recorrido, Lear interroga las señales con nuevas preocupaciones. Hace evidente la ruptura con investigaciones previas moldeadas por las perspectivas corporativistas y dependentistas. El autor apunta que tales investigaciones, al negar la influencia histórica de los trabajadores, terminaron situando la explicación en las esferas del estado y las estructuras del mercado mundial. Lear, por el contrario, enfoca lo que denomina un ciclo autónomo de movilizaciones obreras que inicia en el porfiriato y culmina en la década de 1920.

El ciclo inicia en los años finales del siglo XIX, cuando las clases trabajadoras de la ciudad atraviesan por dos procesos entrelazados. Por un lado, la transformación del espacio urbano que resulta en una separación de los trabajadores de otros grupos sociales. Por otro, la transformación del trabajo, que no sólo cambia las rutinas sino también la compleja estructura social de las clases trabajadoras. Así, en los primeros años de la revolución, a gente trabajadora de la ciudad se encuen-

tra atareada en la elaboración de nuevas identidades sociales. En la medida en que confrontan y enfrentan los poderes del gobierno y de los empleadores, cambia su cultura, sobre todo su cultura política. La mutación se hace evidente en el tránsito de las formas de organización, del mutualismo a las sociedades de resistencia a los sindicatos. La narración histórica persigue la comprensión analítica de cómo se forja una alianza entre trabajadores con y sin oficio calificado, y entre hombres y mujeres; cómo, simultáneamente, las diferencias culturales entre ellos disminuyen y los motivos y demandas de sus luchas fusionan preocupaciones laborales y de consumo. Estos diferentes hilos se anudan en la huelga general de 1916.

La última parte del libro trata de las relaciones entre los trabajadores y las distintas facciones revolucionarias. Éste ha sido un tema por demás favorecido en las historias laborales, que destacan el pacto de 1916, la creación de los batallones rojos y el posterior apoyo a las ambiciones de Obregón, e interpretan que fueron decisivos en la subordinación de las organizaciones obreras a los designios del estado. Lear en cam-

bio enfoca la autonomía de las acciones de los trabajadores, por supuesto sin perder de vista la complejidad de las conexiones, negociaciones y transacciones entre organizaciones obreras y facciones revolucionarias. Puede así, entonces, ahondar sobre el impacto negativo de la represión de 1916 y sobre el lento proceso de reconstrucción de una comunidad y una política obrera que madurará en la década de 1920.

Los estudios precedentes se habían preguntado por qué y cómo había sido cooptado el movimiento obrero por el estado posrevolucionario. *Workers, Neighbors and Citizens* responde a una pregunta diferente: por qué el movimiento obrero adquirió prominencia en el periodo posrevolucionario si los trabajadores no participaron masivamente en la guerra civil. La respuesta se halla encapsulada en el título del libro.

La segregación residencial concentró espacialmente a las clases trabajadoras, al tiempo que ciertos cambios en el trabajo asemejaban sus condiciones laborales. Afloró entonces la posibilidad de identificarse como vecinos y trabajadores. En este ámbito social, mezcla de prácticas culturales y de género, pudo tener repercusión la actividad de una minoría —la minoría militante de la que habla David Montgomery— radicalizada por las ideas liberales y anarquistas. Será esta minoría la que pugne por extender los derechos ciudadanos a los obreros y por adscribir una connotación popular a los símbolos patrios y a las ideas liberales. Ésta no es una idea nueva, ya varios investigadores han examinado la adhesión de los trabajadores, especialmente los artesanos y los operarios fabriles, al liberalismo y a Madero. Lo que es nuevo es examinar la interrelación de vecinos, ciudadanos y trabajadores.

Esta interrelación propició las movilizaciones autónomas de los tra-

bajadores. Estas movilizaciones, porque sucedían en la ciudad de México, tuvieron repercusiones más allá de su impacto inmediato. Lear afirma que el suyo es un estudio de historia regional —y no una reducción de la historia de la nación a los eventos ocurridos en el primer cuadro del Distrito Federal— pero que por razones históricas los sucesos ocurridos en la capital podían llegar a tener importancia nacional. Muestra, por ejemplo, que la movilización popular callejera fue un factor de presión importante para precipitar la renuncia de Díaz, y que también dio pie para que el fantasma de un levantamiento popular condicionara las acciones posteriores de las élites revolucionarias y contrarrevolucionarias.

Posiblemente clave para entender el entrelazamiento de vecinos, ciudadanos y trabajadores sea lo sucedido entre el ascenso de Madero y la caída de Huerta. Lear describe con detalle distintas organizaciones y luchas obreras para estos años. Argumenta que no hubo cambios en las demandas o las formas de asociación respecto de los años prerevolucionarios sino que el número de conflictos, organizaciones y obreros involucrados mostraron un aumento sin precedente. Está implícita en el argumento una advertencia contra la tentación de hacer corresponder mecánicamente cambios en la forma a cambios en la conciencia. Es la cantidad en sí, es decir la práctica de la experiencia, la que brinda a los trabajadores un discernimiento de la similitud de sus demandas y un sentido de clase. Los posteriores gobernantes, residentes en la ciudad de México, confrontarían el legado de esta experiencia y ello moldearía sus políticas respecto del trabajo y las organizaciones obreras.

Lear propone un proceso de cambio cultural que también es clave para entender cómo surge un senti-

miento de clase. Encuentra que a finales del porfiriato, las clases trabajadoras urbanas exhiben prácticas culturales diferenciadas. Las diferencias, escribe, obedecen a los distintos orígenes sociales, experiencias en familia y comunidad, y a las formas de relación con otras clases sociales. El argumento de Lear es que en el periodo previo a la revolución, las clases populares urbanas enfrentaron los ánimos reformistas de una clase media decidida a moldear a las clases bajas a su imagen y semejanza. En el transcurso de ese enfrentamiento, las clases populares transformaron sus patrones culturales y adquirieron conciencia de los rasgos distintivos de una cultura obrera. El argumento en sí es coherente y bien llevado.

Lear destaca dos prácticas culturales en particular, religión y embriaguez, y describe tanto los embates de la clase media como el surgimiento de un estrato dentro de las clases trabajadoras que desarrolla una moral industrial. El problema reside en que Lear ve estas prácticas como formas tradicionales, de alguna manera ancladas en el pasado y enfrentadas a prácticas modernas (sobriedad, secularización y trabajo). Estas prácticas habría que verlas como costumbres dinámicas— y no tradiciones fijas—y en ese sentido incorporadas a un modo de vida. De esta manera, un primer problema a resolver consiste en entender cómo cambia el modo de vida y no sólo ciertas prácticas. El segundo problema reside en entender los vínculos entre la minoría portadora de una moral industrial y la mayoría “tradicional”. Éste es un problema difícil y que ha ocupado a historiadores por mucho tiempo. Sin duda, la prensa popular fue un vehículo de transmisión pero habría que fijarse también en nexos cotidianos de relación social como parentesco, fiestas y cosas similares.

Lear tiene razón en que la experiencia misma de los enfrentamientos durante los años revolucionarios acercaron a los distintos estratos de trabajadores. Lear es particularmente agudo y convincente en su descripción e interpretación de la primera celebración del Primero de mayo—en especial porque se trata de un nuevo ritual específicamente obrero y porque simbólica y prácticamente los trabajadores se apropian del espacio urbano antes vedado. Asimismo, los tumultos callejeros propiciados por la hambru-

na de 1915 ofrecen sustento a la idea de convergencia entre hombres y mujeres y entre las preocupaciones comunitarias y laborales. No sabemos, sin embargo, si en años posteriores este sentido de identificación y unidad decae y los distintos estratos que entonces coinciden después se apartan. Pero en tanto parte de su interpretación descansa sobre la idea de que hay una disminución de las diferencias culturales, el asunto merece mayor investigación.

En justicia, no es posible criticar

a Lear por no resolver cuestiones que rebasan el alcance de sus preguntas. Dentro del territorio acotado por el autor, el texto ofrece una narración impecable que exitosamente describe el proceso histórico vivido por los trabajadores de la ciudad de México. De esta manera, el conocimiento antes parcial, fragmentado y disperso, adquiere ahora coherencia y sobre todo nueva significación. Queda así delineado un camino para futuras investigaciones sobre la cultura popular y la formación de clase obrera.

Bibliografías novohispanas

Rodrigo Martínez Baracs*

Emma Rivas Mata, *Bibliografías novohispanas o historia de varones eruditos*, México, INAH (Colección Científica), 2000, 198 pp.

El descubrimiento y la conquista iniciaron la revolución más completa y radical que había vivido México y todo el continente americano desde su primer poblamiento. Se produjo a partir de entonces una serie de irreversibles cambios demográficos, biológicos, económicos, políticos, culturales, religiosos, en todos los ámbitos de la vida. Varios cambios decisivos se desencadenaron por la llegada de nuevas tecnologías venidas del Viejo Mundo, más adelantado que el Nuevo en cientos o miles de años. Uno de los inventos que más impacto tuvo en el Nuevo Mundo fue la escritura alfabética, a la que se aunó la recién inventada imprenta (la Biblia de Gutenberg es de 1456). Como bien lo vio James Lockhart, la posibilidad

de transcribir palabra por palabra sus antiguos cantares y crónicas fue particularmente estimulante para los indios, y, junto a la destrucción sistemática de los códices o libros prehispánicos, se desarrolló una muy importante producción en lenguas indias escrita por los propios indios, en su mayor parte de carácter jurídico, pero también de carácter histórico.

La escritura alfabética y la imprenta fueron utilizadas desde los primeros tiempos por los españoles como una técnica para difundir e implantar el cristianismo entre los indios, que hablaban una gran variedad de lenguas. Este esfuerzo requirió la elaboración de muchos libros, principalmente dedicados a la evangelización (doctrinas cristianas, confesionarios, catecismos, diálogos, etcétera, en español o en lenguas indias) y al estudio de estas lenguas (vocabularios, gramáticas).

Al mismo tiempo, la implantación de una población española estable, asentada en las ciudades y vi-

llas, particularmente la ciudad de México, propició una vida cultural rica, semejante en muchos aspectos a la de España. Fueron, pues, muchos los libros que se escribieron y se publicaron en México y muchos también los que se leyeron importados de España y otros países de Europa, casi todos de materia religiosa, además de que todos los géneros literarios, las ciencias, las disciplinas estaban permeados por la religión. El hecho mismo de la conquista y el encuentro con civilizaciones nuevas, dio lugar a importantes historias civiles y religiosas, algunas de las cuales fueron publicadas.

Emma Rivas Mata calculó en 19,000 volúmenes la abundante producción bibliográfica de México durante el periodo colonial, y se propuso en su recientemente editado *Bibliografías novohispanas o historia de varones eruditos* dar una visión de conjunto de los seis primeros intentos de registrarla y catalogarla realizados en los siglos XVIII, XIX y comienzos del XX. Las dos primeras